

ARCHIVO

Nunca, como en los tiempos recientes, la teoría económica había pasado por tantos y tan variados cuestionamientos. El surgimiento de nuevos fenómenos económicos ha hecho a nuestra realidad más compleja y de difícil comprensión. Los retos que enfrenta la ciencia económica son muchos, pero ellos pueden garantizar la renovación hacia nuevos ámbitos, todavía no descifrados. El desarrollo de la ciencia económica no ha sido lineal ni su ascenso permanente; una teoría económica ayer verdadera, puede dejar de serlo hoy; la ciencia económica es dinámica: qué se hace y rehace constantemente; por qué se está haciendo y rehaciendo el mundo económico.

En esta entrega *Investigación Económica* rescata de su archivo dos documentos de incalculable valor para los nuevos futuros economistas, redactados por don Jesús Silva Herzog. En el primero nos reseña, con verdadera pasión, el proceso que siguió la enseñanza de la economía en México, destacando la labor estoica de sus fundadores desde 1925 hasta 1929 en que siendo director de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales don Narciso Bassols, se constituyó formalmente la sección de economía. Paralelamente se creó el Fondo de Cultura Económica, y se empieza a generalizar en el sector público la organización de oficinas de estudios económicos.

En el segundo documento don Jesús Silva Herzog expone con sencillez, pero con gran profundidad, la compleja tarea del economista. No olvida en sus palabras que la solución de nuestros problemas económicos requerirá de un economista profesional preparado para explicar la conducta, los hechos y las relaciones económicas; para predecir las consecuencias de los cambios en las variables económicas, y que participe en el análisis de las decisiones de política económica.

TOMÁS IRENA ESTRADA.

HOMILÍA PARA FUTUROS ECONOMISTAS

JESÚS SILVA HERZOG

EN BUSCA DE UNA DEFINICIÓN

Nadie puede negar que han existido y existen numerosos fenómenos económicos en todas las sociedades, ni tampoco que tales fenómenos obedecen a causas determinadas. Si un fenómeno se repite muchas veces y de igual manera, es obvio que obedece a la misma causa. Entonces es posible descubrir los principios o las leyes que explican la causa y los fenómenos correspondientes. De lo anterior se deduce lógicamente que la economía es una ciencia. ¿Pero qué clase de ciencia es la Economía? Aquí se impone ensayar una respuesta.

El economista francés Juan Baustista Say, opinaba que la economía debía ser objetiva, concreta, teórica y descriptiva; que debía exponerse friamente cómo se producen, se distribuyen y se consumen las riquezas, y nada de sermones. Por su parte el ginebrino Juan Carlos Leonardo Sismondi, escribía que la economía es una ciencia moral y que su objeto no es la riqueza sino el bienestar físico del hombre. Y a su vez el inglés Guillermo Stanley Jevons, decía textualmente: "La economía debe tener un carácter tan matemático como las ciencias físicas... En mi opinión nuestra ciencia ha de ser matemática, sencillamente porque se ocupa de cantidades".

Claramente se distinguen las opiniones divergentes de los autores citados. Say fue un economista clásico liberal y creyente en la existencia de leyes naturales reguladoras de la vida económica; Sismondi puede clasificarse como crítico social, moralista y precursor del histo-

rismo, escuela que afirmaba categóricamente que las leyes de la Economía no son naturales sino históricas; y Jevons fue uno de los primeros marginalistas, junto con Menger y Walras. El marginalismo, que tanto éxito ha tenido en la historia de las doctrinas económicas, es una mezcla de ingredientes psicológicos y lucubraciones matemáticas. Por supuesto que estas concepciones y doctrinas no han sido las únicas en el pasado ni lo son en el presente. Hay muchas otras de las cuales no es oportuno ocuparnos en este lugar.

La opinión de Say de que la economía debe limitarse a describir friamente los hechos, a informar al lector o al oyente cómo se producen, se distribuyen y se consumen las riquezas, no puede aceptarse en nuestros días; si así fuese no podría hablarse de política económica, de desarrollo económico, ni de una mejor distribución del ingreso; no podría hablarse de planear la economía de un país o de una región. Toda política económica debe basarse en el estudio profundo de la realidad con el claro propósito de superarla. Salta a la vista el absurdo de siquiera pensar en una política económica regresiva, que implicara marcha hacia atrás y no hacia adelante. Reducir la economía a una ciencia descriptiva es negarle su calidad científica, es hacer de ella una especie de botánica primitiva, es, en fin, grave error que todavía cometen ciertos economistas de muy discutible talento.

La economía no es una ciencia matemática como pensaba Jevons; es cierto que se ocupa de cantidades, más es cierto también que entre esas cantidades está el hombre y que el hombre no es una mera cantidad; aquí está la diferencia fundamental entre la sociología y las ciencias físico-matemáticas. El hombre es el ser más complejo del mundo en que habitamos; y por eso, precisamente por esa complejidad, no se le puede reducir a cifras, ni pueden las matemáticas abarcarlo en su oscura y a la par luminosa personalidad. "El hombre —dice Croce— es una síntesis de la historia universal". La historia es el drama del hombre y es obvio que el drama escapa al guarismo y que no cabe representarlo ni por cien, ni por mil, ni por diez mil. Tampoco puede reducirse a números la emoción estética: "La Piedad", de Miguel Angel o la Novena Sinfonía de Beethoven. No hay balanzas de precisión para medir el odio, el amor, el deleite, el miedo o la vanidad de un ser humano cualquiera. Y se necesita ser un especialista en sardinas o un enfermo mental, para no darse cuenta que todo sentimiento o reacción psicológica —sobre todo la vanidad— suele influir en la conducta del hombre al comprar ciertas mercancías, desde un ángulo no siempre

transparente de su subjetividad. Por otra parte me importa repetir que el hombre económico es una ficción, de igual manera que el hombre religioso, psicológico o biológico. El hombre es todo eso al mismo tiempo y mucho más. Todo hombre es muchos hombres y a la vez un todo integral.

Lo antes dicho no significa ignorancia respecto a la utilidad de las matemáticas para el economista. Lo reconozco sin reserva alguna. Pero no es lo mismo reconocer que las matemáticas son herramientas útiles y aun necesarias al economista, que sostener que la economía es una ciencia matemática porque se ocupa de cantidades. Entre una y otra postura, entre una y otra concepción, la distancia es inmensa.

A mi parecer el punto de vista de Sismondi se aproxima más a la verdad que los puntos de vista de Jevons y Say; pero se hubiera aproximado más todavía si hubiera escrito que la economía es una ciencia social que estudia cómo se producen y distribuyen los bienes materiales y cómo deben producirse y distribuirse; si hubiera añadido que su objeto no es la riqueza por la riqueza misma, sino un medio para mejorar al hombre en todos los aspectos esenciales de su existencia individual y colectiva.

De lo anterior se concluye que la economía es una ciencia humana y que sus leyes, con excepción de las de carácter económico-biológico como la de la población y la del rendimiento decreciente en la agricultura, son leyes sujetas a cambios inevitables impuestos por la estructura de la sociedad. Voy a poner dos ejemplos: la libre competencia que Mill catalogaba entre las leyes naturales, no funciona a principios de 1956 en los Estados Unidos, por lo menos tratándose de un buen número de mercancías, de modo idéntico a como funcionaba hace un siglo en el mismo país, cuando no existían grandes unidades económicas ni el Estado se ocupaba de intervenir para fijar los precios de algunos productos agrícolas y mineros. El otro ejemplo: la libre competencia no funciona o casi no funciona en la Unión Soviética, por la simple razón de que el gobierno interviene en toda la organización económica; si se desea restringir la venta de algún artículo eleva considerablemente los precios, pero si por el contrario estima conveniente incrementar el consumo de otro artículo, y muchas veces lo hace por razones políticas, entonces reduce el precio aun por debajo de los costos de producción.

De suerte que el tiempo y el espacio, o en otras palabras, la historia y la geografía son nociones fundamentales en la ciencia eco-

nómica. Lo primero lo hizo notar Alfredo Marshall hace ya más de medio siglo; lo segundo, es algo que no escapa, que no puede ni debe escapar a ningún estudioso de nuestra compleja disciplina.

LA ECONOMÍA, EL TIEMPO Y EL ESPACIO

Sé muy bien que no es ocioso recordar de vez en vez algunas ideas elementales que precisamente por serlo se olvidan fácilmente. Esto me lo ha enseñado la experiencia de algo más de treinta años de cátedra universitaria. De manera que voy a decir aquí algo ya dicho en más de una ocasión.

Todo en la naturaleza está sujeto a un cambio constante. Lo mismo lo infinitamente grande que lo infinitamente pequeño; lo mismo el átomo que la estrella. Por supuesto que la estrella y el átomo se transforman con ritmo diferente. Inmensamente más lento en el macrocosmos que en el microcosmos. Las edades siderales escapan a la imaginación humana. El maestro Antonio Caso solía decir: "Lo único que no cambia es que todo cambia".

El hombre ha ido conociendo poco a poco la historia geológica de su pequeña morada. Sabe bien que no siempre ha sido como es; donde hoy se levanta una elevada montaña fue quizás hace milenios el lecho de profundo lago; en el lugar en el cual ayer el mar se agitaba, crecen hoy el olivo y la vid. En México hace menos de tres lustros presencia- mos el parto de un volcán. Se dijo historia geológica, que es lo mismo que decir cambio en la fisonomía del globo. Cambio significa historia e historia significa cambio. Hay en estas dos palabras una sinonimia esencial.

Las sociedades que llamamos civilizaciones y que aún existen, son hoy diferentes a como fueron en cualquier otro momento de su historia a través de los siglos. De la vida en Atenas en los momentos de mayor plenitud económica y cultural, nos queda tan sólo en realidad el hermoso recuerdo. Sus sistemas de producción, de igual manera que sus técnicas han sido superadas hace mucho tiempo. El hombre de nuestros días difiere en sus concepciones fundamentales sobre la vida, el mundo y el universo, de aquel que en el ágora escuchara las arengas encendidas de Pericles. Y los dioses inmortales de Hesiodo, Homero y los grandes trágicos han muerto vencidos por nuevos dioses.

Por otra parte, si el visitante de la ciudad de París, ayudado por la historia, se imagina cómo era la vida allí al finalizar el siglo xvi y la compara con la vida en la ciudad de Nueva York en 1956, se dará cuenta cabal del abismo que las separa. Más todavía, se puede pensar en una misma ciudad, por ejemplo México, en dos distintos momentos de su evolución: en 1880, antes de la luz y de los tranvías eléctricos, del fonógrafo, del cinematógrafo, de los automóviles, de la radio, de los aviones y de la televisión; y después de todo eso, al comenzar la segunda mitad del siglo xx: el cambio ha sido profundo en todos o en casi todos los aspectos de la vida humana.

Y, ¿a qué se han debido estos cambios en la historia de las sociedades? A mi juicio el origen de tales cambios se encuentra en el cerebro del hombre, estimulado en la mayoría de los casos por la presión de necesidades insatisfechas. Es el científico que después de largos afanes ha logrado aprender alguna verdad. Esta verdad, este descubrimiento lo aprovecha al aplicarlo el técnico para producir algo. No se olvide que producir es crear utilidades futuras. Ese algo que se produce es un algo material: una riqueza, un bien económico, una mercancía. Ya generalizada la producción —recuérdese la fabricación de locomotoras y de vías férreas en el curso del siglo xix— se transforma la economía, influyendo en el ingreso per cápita y acelerando el proceso de desarrollo. Y los cambios en la estructura económica exigen cambios en la legislación, en la organización política y en la conducta de los miembros de la sociedad. El esquema puede intentarse en la forma siguiente: primero, descubrimiento científico; segundo, aplicación técnica; tercero, cambios en la estructura económica total o parcial a la corta o a la larga; cuarto, adaptación de las leyes y de la organización política a la nueva realidad; y quinto, progreso para todos, o por lo menos de una parte, de los habitantes de un país o de una región. Empero, esto no quiere decir que el progreso se realice sin tropiezos y desajustes derivados de un avance desigual entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu.

Ahora bien, para mayor claridad puede citarse el caso del petróleo. Se perfora el primero pozo en 1859. Pasado cierto lapso, unos químicos, después de buen número de experimentos logran transformar la substancia negra y viscosa en kerosina para utilizarla como iluminante. Bien pronto se perfecciona la refinación y se obtiene la gasolina. En otro campo otros científicos ven coronados sus esfuerzos por el éxito al fabricar los primeros motores de combustión interna;

y los primeros automóviles sorprenden con su velocidad y su ruido infernal a los habitantes de las grandes urbes. El automóvil mejora año tras año: se hace más cómodo, más rápido y más estable. Poco después, se presentan en escena los ingenieros y emprenden la tarea de construir largos caminos asfaltados, iniciándose así una revolución en la industria del transporte. Años más tarde se fabrica el avión y se consume una de las más asombrosas hazañas humanas.

¿Y hay alguien que se atreva a negar que el automóvil y el avión han transformado la vida individual en particular y de la sociedad en general?

La revolución tecnológica está en pleno desenvolvimiento. El cerebro del hombre no descansa. En ocasiones se recibe la impresión de presenciar el triunfo de la magia: de la magia negra en Hiroshima y en Nagasaki; de la magia blanca en la junta de sabios reunidos ha poco en la ciudad de Ginebra. La desintegración del núcleo y la cibernética son heraldos de un nuevo amanecer.

Una teoría económica ayer verdadera, bien puede dejar de serlo en el presente si se han operado cambios sustanciales en la estructura de la economía. Esto ha sucedido a través de las edades en el proceso del desarrollo económico. Las teorías o las ideas sobre política económica de los mercantilistas, no fueron equivocaciones de mentes obnubiladas como lo creyeron no pocos economistas de la pasada centuria, quienes se limitaron a repetir los juicios de Adam Smith sin contribuir con ninguna aportación crítica al estudio del problema. La verdad es que el pensamiento mercantilista fue elaborado por hombres inteligentes, que apoyaron sus principios en la realidad objetiva de su tiempo. En cambio, los economistas del siglo XIX, en su gran mayoría, no tuvieron visión histórica para aquilatar con ánimo sereno y comprensivo a los escritores del siglo XVII. La discrepancia entre unos y otros se explica por el hecho de hallarse separados por doscientos años y por la revolución industrial; es decir, por el tiempo y por el progreso de la técnica.

En resumen, la economía es una ciencia dinámica que se está haciendo y rehaciendo constantemente, porque constantemente se está haciendo y rehaciendo el mundo económico. Claro que lo mismo sucede con todas las ciencias sociales y en cierto sentido y hasta cierto punto, con todas las demás ciencias. Toda ciencia es avance, demora, retroceso y nuevo caminar hacia adelante para aproximarse a las metas perseguidas. Ninguna ciencia ha sido terminada como se ter-

mina un puente, un edificio o una estatua; y tal vez jamás, el auténtico hombre de ciencia —biólogo, físico o economista— podrá ufanarse de haber violado todos los arcanos o de que su ciencia sea perfecta y transparente, como una esfera de cristal.

El espacio, de igual manera que el tiempo, tiene singular importancia para la economía. Muchas veces, no siempre, el tiempo y el espacio, o sea la historia y la geografía, se conjugan y exigen un amplio análisis económico. Si como antes se dijo, se estudia la estructura económica de la ciudad de México en el año de 1880 y se la compara con la de 1956, se advertirán los grandes cambios que se han realizado en el tiempo y que se trata de fenómenos históricos; pero si el estudio comparativo se hace entre la ciudad de Nueva York y la de México en el mismo año, se notará que las diferencias no sólo son de tiempo sino también de espacio; de tiempo porque Nueva York se halla en un grado de evolución económica más adelantado que México, en un tiempo histórico superior; y de espacio a causa de las muy diversas características geográficas: altitud, latitud, temperatura, precipitaciones acuosas etcétera. De todo lo cual aparece obvio que los problemas económicos de uno y de otro centros de población no pueden resolverse con idénticas formulaciones teóricas. Lo mismo debe decirse tratándose de las naciones, ancladas —como dijera hace más de un siglo Federico List— en etapas económicas diferentes. A lo que cabe agregar: y en puertos de distintas condiciones naturales.

La geografía es una ciencia a la que a menudo tiene que acudir la Economía, por la razón elemental de las distintas condiciones orográficas, hidrográficas, climatológicas y de otra índole en las varias regiones del planeta.

Para la adecuada localización de una industria se deben tomar en consideración los recursos naturales del lugar escogido, principalmente combustibles y materias primas, a la par que los medios de transporte y la proximidad de los mercados. De suerte que en todo problema de localización industrial, los conocimientos económicos se entrelazan lógicamente con la geografía. Estas nociones son elementales pero sin duda útiles e indispensables, de modo especial para el futuro economista. Lo anterior se aclara más aún al pensar en lo disparatado que resultaría establecer una fábrica de refrigeradores en Terranova, o una gran empresa para fabricar zorros azules y plateados en la población de Panamá.

Por otra parte, bien sabido es que las mercancías de mayor consumo

son aquellas que sirven a la alimentación, a la indumentaria y a la morada; mas el caso es que las habitaciones, los vestidos y la comida no son los mismos en todas las latitudes y altitudes. Dos ejemplos absurdos usar trajes de lino en Siberia durante los siete meses del crudo invierno, o pasear en el verano por las calles de la Habana luciendo un grueso abrigo de pieles; y no sería difícil, seguramente, ejemplificar destacando contrastes con respecto a los productos alimenticios y a los alojamientos. Se precisa pues insistir, una y muchas veces, en que el tiempo y el espacio son dos escollos que la teoría económica necesita salvar.

La teoría económica moderna, o mejor dicho contemporánea —olvidemos por ahora la historia de las doctrinas— ha sido en buena parte elaborada en los países anglosajones: Inglaterra y los Estados Unidos, dos de las naciones capitalistas más ampliamente desarrolladas. Y aquí se impone la pregunta siguiente: ¿la teoría económica elaborada en las naciones más intensamente industrializadas, en los centros metropolitanos más poderosos del mundo, puede aplicarse en los territorios de la periferia, apenas en proceso de desarrollo? La respuesta no puede ser completamente afirmativa ni tajantemente negativa. La teoría keynesiana, verbigracia, con sus adiciones y refinamientos posteriores es aplicable en algunos casos y en otros no. Hay algo más: en los países latinoamericanos, por lo menos en la mayor parte de ellos, se hallan todos los grados de desarrollo económico, todos los escalones de la evolución industrial, desde la industria familiar hasta la fábrica moderna, sin excluir el artesanado, la industria a domicilio y las manufacturas propiamente dichas; o en otros términos: existen grupos de organización casi primitiva, explotaciones agrícolas que semejan feudos medievales y ciudades de estructura precapitalista o plenamente capitalista, y, lógicamente, la teoría keynesiana o poskeynesiana puede aplicarse hasta cierto punto en los grandes centros urbanos como México, Buenos Aires o Río de Janeiro, pero en manera alguna en las poblaciones medianas y pequeñas de retrasada evolución económica y cultural.

El profesor Samuelson, del Tecnológico de Massachussets, escribe en su *Economía moderna* que el problema fundamental de la teoría económica estriba en encontrar la solución adecuada para lograr de modo permanente la ocupación plena. Esto es cierto para las naciones capitalistas que han alcanzado la meta en su desarrollo, más no lo es en relación con los países deficientemente desarrollados, por-

que el problema fundamental de éstos consiste precisamente en alcanzar su pleno desarrollo, para lo cual necesitan resolver un buen número de problemas complejos y de inevitable lenta solución.

Vale la pena añadir que la teoría económica contemporánea se ha basado en el análisis de la realidad estructural del capitalismo y no en el feudalismo del siglo xiv ni en el socialismo o presocialismo del siglo xx. Y como por una parte hay extensos territorios en África, Asia y América que no han llegado todavía o están muy lejos de llegar a la etapa capitalista, y por la otra la Unión Soviética, China, Polonia, Checoslovaquia, Rumania, etcétera, se han organizado o se están organizando de conformidad con normas no capitalistas, resulta claro que las teorías de Keynes y sus discípulos no tienen aplicación en la mayor parte de las sociedades humanas; no son teorías ecuménicas, de horizontes ilimitados dentro de nuestro globo, sino de funcionamiento restringido, más restringido de lo que generalmente se cree.

Insistamos una vez más: el tiempo y el espacio son las dos mayores dificultades de la economía y por lo tanto del economista.

MI RADIOGRAFÍA DEL ECONOMISTA

Ahora, para completar el cuadro que me he propuesto diseñar, se impone la necesidad de dar mi versión acerca de los conocimientos que debe adquirir el economista y de las funciones que debe desempeñar en la sociedad.

Keynes dice en la biografía de Alfredo Marshall que la economía es una materia fácil en la que son muy pocos los que logran destacarse. El lector se habrá dado cuenta de la intencionada ironía keynesiana y habrá entendido precisamente lo contrario. En efecto, la economía es una ciencia social compleja, dinámica y difícil de abarcar en su enorme y variada totalidad. Por eso son muy pocos los economistas que logran destacarse; tan pocos que en los últimos cien años apenas pueden contarse con los dedos de una mano.

J.A. Schumpeter, en su obra póstuma titulada *Historia del análisis económico*, escribe que las herramientas del economista son la teoría económica, la historia económica, la sociología económica y la estadística. A mi entender hay que agregar la geografía, en primer lugar; y, en segundo, una cierta dosis de matemáticas y a guisa de complemento el resto de las ciencias sociales. Finalmente, no dañará

al economista adquirir algunos conocimientos generales sobre biología. Se dirá que estoy pidiendo demasiado y esto tal vez es verdad. Estoy pidiendo demasiado porque pienso en la responsabilidad del economista en la hora aciaga que estamos viviendo; porque conozco las posibilidades del economista de cuerpo entero para contribuir a superar la profunda crisis en que impotente se agita el hombre contemporáneo.

Pero no basta ser ilustrado para ser útil a la humanidad en general y en particular al grupo social en que se ejerce alguna acción rectora; es menester vivir preocupado por el grupo social y por la humanidad, por sus problemas vitales y por sus anhelos de superación. El que sólo sabe, no sabe para qué sirve lo que sabe, si no sabe sentir las palpitations del mundo circundante. Lo que me importa afirmar es que el economista sin preocupaciones sociales, sin un sentido social de la economía, es un mutilado que se mueve en ámbito estrecho, sin alas en el pensamiento y sin capacidad constructiva y creadora. Es claro que no todos los economistas ni los aspirantes a economistas tienen igual capacidad intelectual. Unos son o podrán llegar a ser buenos artesanos de la economía, útiles como los peones en el juego de ajedrez; otros alcanzan o alcanzarán la categoría de técnicos distinguidos, aptos para manejar con seguridad y soltura la variada herramienta; y sólo unos pocos, ciertamente muy pocos, merecen o merecerán la honrosa designación de hombres de ciencia. Y el auténtico hombre de ciencia es aquel que vive poseído de un amor apasionado por la verdad y un hondo interés desinteresado por la suerte del género humano. Por eso todo hombre de ciencia verdadero es humanista y todo verdadero humanista es hombre de ciencia. El estrecho maridaje de las humanidades con la ciencia es la fórmula suprema de la cultura.

No se me oculta la dificultad de que un economista abarque con amplitud y profundidad todos los campos de la economía, por lo cual no puedo negar la necesidad de la especialización; más ésta, obviamente, debe ser posterior al dominio del instrumental a que arriba se hizo referencia. No se puede ser oftalmólogo sin conocer la anatomía y la fisiología del ojo, ni ingeniero especializado en la construcción de puentes sin saber matemáticas. Ya lo he dicho otras veces y me gusta repetirlo: no hay que ver el paisaje por una estrecha claraboya, porque será fragmentario y engañoso, sino por amplios ventanales abiertos a todos los rumbos.

Es noción elemental que no puede siquiera concebirse al especia-

lista en moneda, comercio exterior, economía industrial o hacienda pública, sin una sólida base teórica, sin tener muy presente el espacio geográfico y sin contacto estrecho con la realidad del momento histórico.

En un país deficientemente desarrollado, la tarea sustantiva del economista consiste en trabajar sin descanso dentro del marco de sus posibilidades, para que ese país alcance su pleno desarrollo. Y aquí es oportuno insistir en que no debe aplicarse servilmente a la teoría elaborada en los grandes centros del capitalismo, porque si así se hiciera el fracaso sería inevitable. Toda adaptación teórica debe hacerse después de un cuidadoso trabajo analítico, con los pies hundidos en la propia tierra y con clara visión de las necesidades primarias y de las legítimas aspiraciones de su pueblo. El economista nativo de un país de la periferia, sin capacidad crítica, que sigue al pie de la letra y con ufana pedantería al autor extranjero, por ilustre que éste sea, se asemeja al lacayo que imitara gozoso y grotesco los finos modales de su señor.

El móvil del economista no debe ser su propio enriquecimiento porque entonces se transformaría, descendiendo, en un simple y vulgar mercader. El economista debe ser investigador social, vasallo de la verdad y misionero en la noble cruzada por mejorar las condiciones materiales de vida de las grandes masas desnutridas y harapientas. No se olvide que a los estómagos vacíos jamás les interesa el aprendizaje del alfabeto, ni que nunca pueden fraternizar el hambre y la cultura. Sólo aquellos que normalmente satisfacen sus necesidades biológicas elementales, pueden adormecer a la bestia que todos llevamos dentro y disfrutar de los dones del espíritu, contribuir al progreso de la ciencia, crear obras de arte, levantar la cabeza para estudiar la luz de las estrellas y cantar libremente su canción.

Me place citar, siempre que lo encuentro oportuno, al clásico Smith cuando escribió: "ninguna sociedad puede florecer ni ser feliz, siendo la mayoría de sus miembros pobres y miserables". Y lograr que no existan miserables ni pobres en la propia nación, es la meta a cuya conquista definitiva debe el economista consagrar su vida y sus más claros afanes. Porque si en un país desaparece la pobreza y la miseria, eso quiere decir que ya alcanzó su pleno desarrollo o que está a punto de alcanzarlo. El economista de nuestra América, que es en quien particularmente pienso; de la América nuestra de que hablara Darío en su poema "Al otro Roosevelt", puede y debe sumarse a los que

movidos por un ideal de justicia y de libertad, trabajan en la construcción del nuevo edificio en que mañana se alojarán con decencia, dignidad y decoro, los pueblos de nuestra noble estirpe.

RESUMEN HISTÓRICO DEL DESARROLLO DE LA ENSEÑANZA DE LAS CIENCIAS ECONÓMICAS EN MÉXICO *

JESÚS SILVA HERZOG

Con el propósito de contribuir al estudio del inciso *a*), tema I, relativo al desarrollo de la enseñanza de las ciencias económicas en las universidades latinoamericanas, se presenta esta breve ponencia referente a México.

ANTECEDENTES

A partir del año de 1925, un grupo de licenciados en derecho y de economistas autodidactas se preocuparon por estimular los estudios económicos en México, al darse cuenta que el país después de la Revolución exigía la formación de técnicos y científicos que contribuyeran a concretar la política económica que encauzara a la nación por rumbos nuevos, de conformidad con las necesidades de la hora y las corrientes del pensamiento contemporáneo.

El primer paso de importancia que se dio en tal propósito fue la organización en el año de 1928 de la biblioteca y de los archivos económicos de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Dicha biblioteca, con un acervo de algo más de cinco mil volúmenes, abrió sus puertas a los lectores el primero de octubre del año citado. Los servicios prestados por esta institución a los estudios de las ciencias económicas durante 25 años han sido de enorme significación. Allí se encuentran, generalmente, las últimas novedades de los autores de

* Ponencia presentada al Congreso de Facultades y Escuelas de Economía, celebrado en Chile.

mayor prestigio en el campo de nuestra disciplina, tanto en español como en inglés, francés e italiano, sin que falten algunas obras escritas en lengua alemana. En la actualidad la biblioteca cuenta con cuarenta y dos mil volúmenes sobre temas económicos, además de un departamento de historia, otro de legislación y la hemeroteca, donde pueden consultarse los periódicos y las revistas especializadas de un buen número de países.

Los archivos económicos constan de recortes de periódico con noticias en todas las ramas del desarrollo económico, nacionales y extranjeras, debidamente clasificadas. Su número pasa en estos momentos de siete millones, de valor inestimable para algunos trabajos de investigación.

Como dato interesante, debemos consignar el hecho de que en la Biblioteca de Hacienda se fundó, a fines de ese año de 1928, el Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, nacido al calor del entusiasmo de esos licenciados en derecho y economistas autodidactas a que arriba se hace referencia. No fue mucho lo que entonces pudo realizarse. Sin embargo, se publicaron cuatro números de la Revista Mexicana de Economía, que apareció trimestralmente y en la cual se analizaron buen número de problemas relativos a la economía nacional. De ese grupo de entusiastas, la mayor parte jóvenes entonces, nació la idea de fundar en México una escuela dedicada a la enseñanza de la Economía.

LA ESCUELA NACIONAL DE ECONOMÍA

En los comienzos de 1929, siendo rector de la Universidad de México don Antonio Castro Leal y director de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales don Narciso Bassols, se fundó adscrita a esa facultad la sección de economía. Los primeros pasos fueron extremadamente difíciles por la falta del número necesario de profesores y en ocasiones aun de alumnos, como en el año de 1930 en que sólo hubo un estudiante inscrito. En más de una ocasión estuvo a punto de ser clausurada la Sección de Economía, tanto por las deficiencias antes anotadas como por la ofensiva de ciertos grupos profesionales que veían posibles competidores en los futuros economistas. No obstante, se fueron venciendo lentamente las dificultades que a veces parecieron insuperables. Se llenó la escasez de profesores y el número de alumnos aumentó año tras año. A fines de 1934 y a principios de 1935

sustentaron su examen profesional y obtuvieron su título los primeros cuatro licenciados en economía.

Desde luego al crearse la Sección de Economía en la Facultad de Derecho primero y posteriormente la Escuela Nacional de Economía, los estudios se orientaron desde un principio en el sentido de dar una absoluta preponderancia a las disciplinas propiamente económicas, quedando como materias complementarias algunas nociones sobre asuntos contables y estadísticos, y sólo una asignatura sobre nociones generales de derecho.

En 1935, gracias al interés y al entusiasmo de don Enrique González Aparicio, la Sección de Economía de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, se transformó en la Escuela Nacional de Economía, centro de enseñanza independiente dentro de la Universidad de México. A partir de entonces quedó asegurado su desenvolvimiento; se elaboró un nuevo plan de estudios; se reforzaron sus cuadros de profesores y de estudiantes; y lo más importante de todo consistió en la precisión de sus propósitos, en la fijación de las metas a conquistar y en la idea clara y generosa de hacer del economista un profesional al servicio de su patria.

En el año de 1940 se organizaron los laboratorios y el Instituto de Investigaciones Económicas con el objeto de ayudar a los estudiantes a conocer las fuentes de información económica, a capacitarlos para analizar estadísticas, a elaborar pequeñas monografías y en la preparación de su tesis profesional. Los resultados hasta ahora de esos dos organismos adscritos a la Escuela Nacional de Economía pueden considerarse satisfactorios, aun cuando se reconoce la necesidad de fortalecerlos con nuevos elementos financieros y humanos. Debe también hacerse mención de la revista *Investigación Económica*, publicación trimestral cuyo primer número apareció en los comienzos de 1941 y no ha dejado de publicarse hasta la fecha. Dicha revista es un órgano de divulgación de la propia escuela. Finalmente, hay que hacer referencia a la biblioteca y a la hemeroteca, que cuenta con algunos miles de volúmenes para uso del alumnado.

Las dificultades de los primeros años han sido en buena parte superadas. Muchos de los actuales profesores son egresados de la escuela, algunos de ellos con estudios posteriores en universidades de Estados Unidos y de Europa. La inscripción anual de estudiantes pasa de trescientos y el número de graduados hasta la fecha es, en números redondos, de ciento sesenta. En estos momentos se tiene la idea de estable-

cer el doctorado en economía, tal vez desde el año próximo, consistente en dos años de estudios para los licenciados que deseen ampliar y profundizar sus conocimientos.

FUENTES DE TRABAJO

A los animadores de los estudios económicos en México se les presentó, desde luego, el problema de abrir fuentes de trabajo para los jóvenes economistas y, debido al entusiasmo y el esfuerzo de tales animadores, se estableció por vez primera en 1930 en la Universidad Obrera y Campesina, que tuvo vida muy corta, un pequeño departamento de investigaciones económicas. Dos años más tarde se organizó la Oficina de Estudios Económicos de los Ferrocarriles Nacionales de México, con un personal de veinticinco economistas y estudiantes de la licenciatura.

Después, a partir del año de 1933, se establecieron departamentos de investigaciones económicas en la Secretaría de la Economía Nacional, en la de Hacienda y Crédito Público y en otras dependencias del Ejecutivo Federal. Siguiendo ese ejemplo también se organizaron centros de estudios similares en el Banco de México, en el Banco Nacional de Comercio Exterior, en la Nacional Financiera y en otras instituciones de crédito tanto oficiales como privadas.

En la actualidad la demanda de servicios del economista en México es superior a la oferta, lo cual ha traído como resultado que sean en estos momentos los profesionistas mejor remunerados. Algunos de los egresados de la Escuela Nacional de Economía ocupan ahora puestos de alta responsabilidad técnica y administrativa en el gobierno federal, en los bancos y en algunas industrias privadas. Hay casos aislados de economistas que trabajan como consultores de entidades particulares o como gestores de negocios, dentro de la tradición del profesionismo liberal.

El problema para México, en cuanto a los estudios que ocupan nuestra atención, estriba en preparar cada vez economistas mejores por la amplitud y profundidad de sus conocimientos y en número suficiente para influir con eficacia en el correcto desarrollo de la economía de la nación.

EL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Un pequeño grupo de profesores de la licenciatura de economía, a

iniciativa de don Daniel Cossío Villegas, resolvieron en el año de 1934 fundar una pequeña editorial para poner al alcance de los estudiantes de ciencias económicas, en lengua española, los libros escritos por especialistas en otros idiomas, para facilitar así el aprendizaje de nuestra disciplina. La editorial comenzó a trabajar con un capital de 22 500 pesos. En este año de 1953 ese capital sobrepasa los seis millones de pesos y el Fondo de Cultura Económica es en nuestros días una de las editoriales más importantes de la América Latina. Los servicios prestados por ella a la cultura de nuestros países son bien conocidos por todos los estudiosos de nuestra América. El éxito de la empresa en cuestión, éxito extraordinario, se explica por la ayuda del gobierno de México, por la selección de las obras publicadas y porque el cuerpo de directores prestan sus servicios gratuitamente y nadie percibe utilidades.

OTORGAMIENTO DE BECAS PARA ESTUDIAR EN EL EXTRANJERO

Algunos profesores y exprofesores, que al mismo tiempo ocuparon altas funciones públicas de 1935 a 1947, resolvieron utilizar su influencia para enviar a perfeccionar sus estudios en universidades norteamericanas e inglesas a cierto número de pasantes y licenciados en economía que se habían distinguido a lo largo de sus estudios. Esto se inició en 1940, y puede decirse que los resultados han sido plenamente satisfactorios y que superaron en mucho las esperanzas de los patrocinadores. Alrededor de cincuenta becarios que asistieron a las cátedras de economistas eminentes en varias universidades norteamericanas y en la Escuela de Economía y de Ciencias Políticas de Londres han regresado al país, contándose muchos de ellos entre los economistas mexicanos mejor preparados.

UN BREVE RESUMEN

Puede decirse que el pequeño núcleo de autodidactas y de licenciados en derecho de 1925 a que arriba se hace referencia y a cuya generación pertenece el autor de este breve trabajo, tiene en su abono, en cuanto al fomento de los estudios económicos en México, lo siguiente: primero, la fundación de la licenciatura de economía; segundo, la creación de fuentes de trabajo para el economista; tercero, la organi-

zación del Fondo de Cultura Económica y, cuarto, el envío de becarios al extranjero. Ahora toca a los egresados de la escuela, algunos que rebasan ya la edad de cuarenta años, perfeccionar y superar la obra realizada por los pioneros de tan útil empresa.

LOS PROBLEMAS ACTUALES

No debe pensarse por lo expuesto hasta aquí, no lo pensamos los profesores de la Escuela Nacional de Economía, que todo marcha como máquina bien ajustada y que ya no hay nada por hacer. Muy lejos de ello, muy lejos de haber alcanzando las metas anheladas. No obstante el esfuerzo entusiasta y permanente, las deficiencias son notorias. Faltan profesores bien remunerados que dediquen todo su tiempo o la mayor parte de su tiempo a la enseñanza. Los sueldos que reciben son gratificaciones que en muchos casos no bastan para comprar los libros que necesitan y, como para ganarse la vida ocupan su tiempo en otra actividad, no siempre pueden preparar sus cursos eficientemente ni estar al día en la materia que imparten.

Debe agregarse que también faltan alumnos que sean estudiantes y nada más que estudiantes. Las clases en la Escuela de Economía se dan de ocho a nueve de la mañana y de cinco y media de la tarde en adelante. La mayor parte de los jóvenes inscritos trabajan de seis a siete horas diarias y, lógica e inevitablemente, no disponen del tiempo que han menester para dedicarse de lleno a los estudios. Sólo el espíritu de sacrificio de los profesores y el interés del alumnado explican los resultados modestos de que podemos con humildad ufanarnos los viejos maestros de la institución.

Pero somos optimistas. Creemos que al pasarse la Escuela a su flamante local en la Ciudad Universitaria, al disponer de más amplios recursos la Universidad Nacional Autónoma de México, será posible contar con profesores bien pagados y de tiempo completo; será posible establecer una escuela diurna, sin suprimir la nocturna y el otorgamiento de becas a estudiantes pobres para que dediquen todo su tiempo a sus trabajos escolares; será posible además, ampliar de manera considerable los trabajos del Instituto de Investigaciones Económicas, adscrito a lo que será entonces la Facultad Nacional de Ciencias Económicas, puesto que no sólo estará autorizada para conceder el título de licenciado, sino también tendrá la facultad de otorgar el grado de doctor en economía.